

Nicolás Franco el gallo de vuelo corto

Rafael Abella

UNA reciente obra de teatro estrenada en Madrid ha actualizado, desenterrado más bien, la figura de don Nicolás Franco Salgado-Araujo, figura que por razón de su vida, al margen de prejuicios burgueses, de convencionalismos y de ataduras familiares, había quedado en el mayor y más deliberado de los incógnitos, con todo y haber sido testigo en vida, del ascenso y consagración de su hijo Francisco como el hombre más poderoso de España.

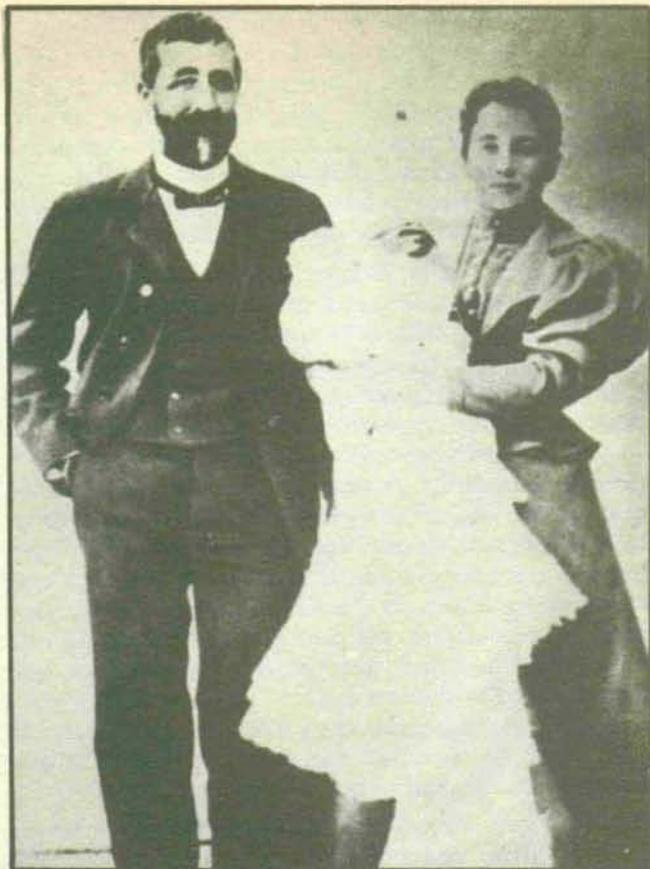
EL autor de la obra, Jaime Salom, ha hecho una incursión en un género teatral no demasiado cultivado en nuestro país: la recreación histórico-ficcional de un personaje del inmediato ayer. Ciertamente, el empeño era audaz toda vez que la familia Franco era hasta hace muy poco de la casta de los intocables. Ahondar en una historia familiar que entronca con la Historia de España, era tarea ardua y expuesta, ya que la mirada del dramaturgo se ha posado en el personaje maldito de la familia y lo ha elevado al rango de protagonista, dando lugar a que la simpatía del autor, claramente decantada hacia él, arroje por refracción unas instantáneas en las que se retrata a toda la familia con variedad de trazos. Pero ¿hasta qué punto esta incursión teatral ha seguido, no tanto los cauces históricos como las coordenadas psicológicas de unos personajes de los que unos han sido conocidos en sus vertientes públicas y hasta privadas, mientras que otros han pasado su vida en la penumbra que condena a los proscritos?

Nicolás Franco Salgado-Araujo ha sido, para los españoles, un ilustre desconocido, relegado a la categoría de lo que hay que ocultar, de ese cadáver que existe en el seno de las mejores familias y que se esconde cuando hay visita. Unas fotografías amarillentas, unos recuerdos vagos, unas anécdotas ampliamente divulgadas por los detractores del mando de su hijo Francisco, y poco más. Eso es lo que se sabía de este personaje, aparte de haber roto en 1907 sus lazos familiares. Por eso, la audacia de Salom, sin entrar en valoraciones de su obra que escapan a este historiador, ha radicado en extraerlo del olvido, en hacerlo figura central de su pieza, permitiéndole exponer sus razones vitales que son las mismas que le llevaron a ser considerado por su familia como un desnaturalizado. Porque la vida de Nicolás Franco, el drama familiar del que fue personaje central se inscribe entre otros miles de dramas familiares fruto de una

época, de unas costumbres, de unas convenciones sociales. Ha sido la extraordinaria notoriedad de su descendencia y el influjo de su hijo Francisco sobre el vivir, el pensar y el sentir de los españoles durante una larga etapa de nuestra historia, lo que presta una indudable fascinación al personaje por cuanto es siempre importante discernir lo que hay en las pautas de comportamiento de los hijos, de influjo de la conducta paterna. En mimetismo o en rechazo, como ha sido, evidentemente, el caso en la relación paterno-filial entre Nicolás Franco-Salgado y su hijo, el que fuera durante cerca de cuarenta años el árbitro de los destinos de España.

UN HOMBRE DE FIN DE SIGLO

¿Quién era este don Nicolás Franco y qué hizo para merecer su olvido? Es imposible retrazar el destino de este hombre sin enmarcarlo en un ambiente familiar y finisecular de capital de provincia marítima, en una España de funcionarios que todavía albergaba la gran ilusión colonial materializada en un destino en Cuba o Filipinas. Nicolás Franco, nacido en 1856, va a ser el cuarto varón por línea familiar directa que escoge la Marina de Guerra como destino profesional. Su elección irá, siguiendo la misma tradición, a la Intendencia de la Armada. Ciertamente, Intendencia no es el Cuerpo General que es el que da lustre, pero para las familias afincadas en las ciudades departamentales —Cartagena y El Ferrol— el uniforme es el gran distinguo que separa de los paisanos y mantiene un espíritu de casta que se consolida con uniones entre familias de abolengo marinerío. En 1874 se produce su ingreso en la Academia Naval como alumno de administración. En noviembre de 1877, en vísperas de pasar el examen de fin de carrera, un certificado extendido a su nombre acreditaba que «...desde su ingreso en esta academia... ha demostrado este joven, singular aplicación, clara inteligencia y notable amor al cuer-



El matrimonio Franco con el futuro «Caudillo» en brazos de su madre.

po, obteniendo siempre los más honrosos testimonios de estimación y aprecio por parte del jefe de estudios y profesor que suscriben, los cuales se complacen en consignar el ventajosísimo concepto que les merece...».

Ya oficial, la carrera de Nicolás Franco va a seguir su burocrático curso hasta que, hacia 1881, es enviado en comisión de servicio a Cuba. Allí se produce el encuentro con un mundo nuevo. Según atestigua Cajal, que por aquellos años fue destinado a la isla como médico militar, «los cuatro grandes vicios que dominaban a nuestra oficialidad eran el tabaco, la ginebra, el juego y Venus». Nicolás Franco saborea las mieles antillanas y no es insensible a los atractivos que hacen perder la cabeza a los oficiales destacados en la Gran Antilla. Su carácter se perfila como un tipo simpático, jaranero, un tanto mujeriego que al propio tiempo acredita una límpida conducta en el ejercicio de su cargo, cuestión a resaltar en un ambiente en el que la malversación y las huidas con fondos de la administración constituían una lacra de nuestra política cubana. El general Mola llegó a decir de nuestra acción en la isla, que «los servicios de Intendencia no existían obligando a las tropas a vivir del país».

Hacia 1886 Nicolás Franco obtiene un nuevo destino colonial, esta vez en Filipinas. Al poco se produce la insurrección de los moros de Mindanao. La insurrección se propaga a Luzón, a las Carolinas. El general Weyler va a ser quien sofoque la revuelta, tras de una serie de acciones militares y marítimas. Nicolás Franco, adscrito a la guar-

nición de Cavite, da la medida de su eficacia de oficial cumplidor y cuya honestidad está por encima de toda sospecha. Pero como lo cortés no quita lo valiente, nuestro hombre usa de su soltería de la mejor manera, acuñando un carácter tan escrupuloso en lo económico como indulgente para las debilidades de la carne. Según revelaba un artículo aparecido en la revista «Opinión» en febrero de 1977, Nicolás Franco sedujo a una adolescente de buena familia, a la que hizo un hijo que fue reconocido por el padre, quien no obstante, posiblemente en un reflejo de soltería contumaz, no reparó la falta casándose con la muchacha. El hijo, llamado Eugenio, discurrió su vida en España al margen de la familia legítima creada con posterioridad por Nicolás Franco.

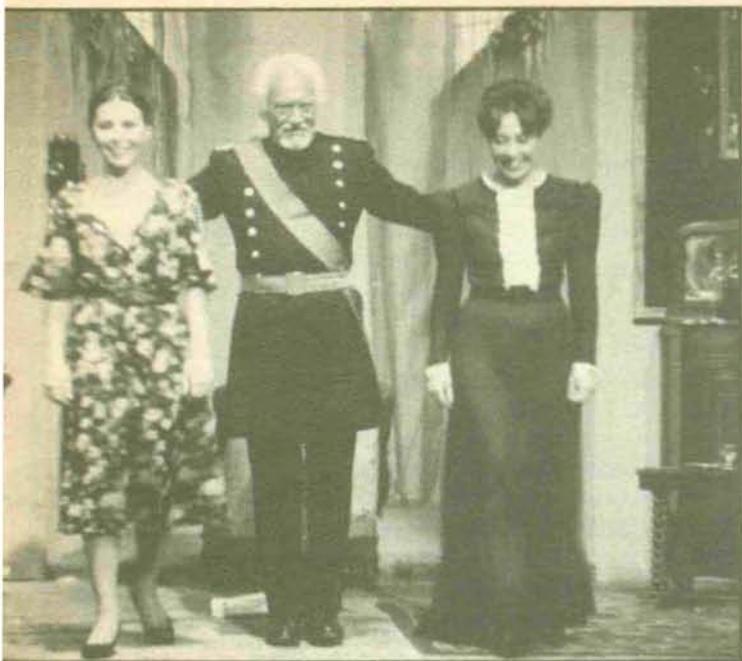
De regreso a la metrópoli, es destinado a El Ferrol. Es la vuelta a la vida rutinaria de una ciudad con apostadero, al casino, a las partidas de naipes o de chamelo y a las escapatorias a los burdeles donde distraer una existencia anodina que no tiene más novedad que acercarse a la dársena a contemplar la llegada de el «Pelayo», el «Oquendo» o el «Carlos V».

LA BODA

A los 34 años, con una vida de soltero a cuestas y un temperamento inconformista fruto de una existencia dada a la libertad y que ha visto bastante mundo, Nicolás Franco cae en las redes del amor gracias a una bella muchacha ferrolana como él. El solterón se rinde y para que la capitulación entre en los cánones establecidos, la novia, Pilar Bahamonde y Pardo de Andrade, es hija de un intendente. El círculo se ha cerrado y el corrido ha vuelto al redil. Entre los amigos no falta quien comente que no hacía falta haber conocido tanto para caer en una boda típicamente burguesa y convencional. Pilar Franco, además de bella y virtuosa, reúne los requisitos hogareños necesarios para hacer sentar la cabeza al contestatario Nicolás.

La boda tiene lugar el 24 de mayo de 1890. Y a ella le siguen los hijos: Nicolás nace en 1891, Francisco en 1892, Pilar en 1895, Ramón en 1896. Después vendrá Pacita, muerta a los pocos años de vida. La familia se desenvuelve con la digna estrechez del sueldo de un contador de navío porque, eso sí, Nicolás podrá recibir alguna reprensión por la soltura de su lengua o por lo libre de sus propósitos al juzgar las injusticias del orden establecido, pero nadie ha podido nunca atribuirle concusión alguna con los proveedores de la Armada.

Al llegar a este punto de la biografía y tener que trascender a aspectos privados, no es aventurado suponer que el matrimonio acusaría en su diaria convivencia la disparidad de puntos de vista sobre lo divino y sobre lo humano que distanciaba a los cónyuges. Nicolás, despreocupado y abierto a los disfrutes de la vida, era un liberal de pura cepa. Pilar, austera y recatada, era una conservadora enraizada en las más puras tradiciones de la mujer y de la madre española. Los hijos tampoco van a contribuir a soldar un matrimonio que ya ha descubierto fisuras hondas.



Escena de «EL CORTO VUELO DEL GALLO», de Jaime Salom. (Cortesía del autor).

LA RUPTURA

Nicolás Franco y Salgado Araujo, escéptico e inconformista, va a ser un padre variable y ciclótico que alterna el humor con la ira. Al mayor —Nicolás— le prodiga advertencias de padre severo y exigente. Con el segundo —Francisco— no es más comprensivo dada la apariencia tímida y el mimo que le vincula fuerte y sentimentalmente a su madre. Con el más pequeño —Ramón— se mostrará más indulgente, vislumbrando en él un carácter travieso, trasunto del suyo propio. Con las hijas, su relación es otra, como si marcara las distancias entre lo masculino y lo femenino. La muerte de la menor, Paz, a los cinco años constituyó una duradera nota de amargura en su tibia vida de padre. Y una queja íntima contra el azar que rige los destinos de este mundo.

Entre tanto, España ha pasado el trauma de 1898 y la pérdida de las colonias ha alejado a Nicolás Franco, de un modo definitivo, de un pasado nostálgico e irrepentible. El país se encuentra frente al siglo XX con las heridas abiertas de su ocaso colonial, inseguro de su destino y con un problema social que se está despertando con toda su crudeza.

A los quince años de matrimonio, las fisuras se han hecho grietas. Nicolás, arrostrando habladurías provincianas, ha vuelto a sus hábitos de soltero en superación de un hastío que alimenta sus ganas de volar: su peña de amigos, sus partidas y sus tascas sin olvidar alguna que otra descubierta a los cafés cantantes, allí donde tanto hombre de pro encontraba en los albores de este siglo comprensión para pasar el rato y una alegría que le era negada por el seco puritanismo ambiental. En 1907, nuestro hombre es destinado a Madrid. Está ya casi en el pináculo de la jerarquía porque ni lo «sui géneris» de su conducta, bien conocida por sus superiores, ha podido empañar su hoja de servicios. La marcha a Madrid, es un colmo a sus sueños de

evasión porque es la gran capital que atrae y hace vislumbrar una vida más ancha y menos constreñida. La marcha va a precipitar la definitiva rotura de algo que está ya quebrado: el matrimonio. Pilar, cada vez más distanciada de su esposo, se resiste a dejar El Ferrol donde está su ambiente, su casa, el medio que la ha protegido y afirmado en su mundo de creencias y de convicciones.

Entre tanto, en la vida de Nicolás se ha cruzado Agustina, una muchacha mucho más joven que él y a la que el maduro Nicolás, con su labia y sus deseos de vivir, ha conquistado totalmente. Agustina tiene el Magisterio, no es ninguna ignorante pero no vacila en asumir una situación anómala con lo que esto representaba en aquel tiempo. Pilar quedará definitivamente en El Ferrol, en tanto que su marido se crea en Madrid un nuevo hogar, una nueva unión, que por no tener ataduras legales le va a hacerse sentir más en la libertad que siempre ha añorado. Agustina, por su parte, va a incluir en su cariño ese punto de comprensión y de sumisa admiración que tanto les gusta a los que han tratado muchas mujeres. Y, sin embargo, esta unión sin lazos legales se va a revelar, como sucede con harta frecuencia, más sólida y duradera que muchas consagradas por el sacramento.

La familia Franco se ha roto por el nudo paterno, pero Nicolás, desvinculado de su esposa, va a ser un seguidor distanciado pero seguidor al fin, de la diversa trayectoria de sus hijos.

LA LARGA MARGINACION

La España de 1909 toma conciencia dolorosamente del problema que durante dieciocho años la va a dividir: la guerra de Marruecos. El país habrá de sufrir una sangría que, con arreglo a las injusticias de aquella época, tocará más de cerca a las clases humildes afectadas en su ocio por un inicuo sistema de reclutamiento que permite eludir los deberes militares, gracias a la denominada «redención a metálico» que libra del servicio.

Nicolás Franco, fiel a sí mismo, no hace un secreto de su rechace a la aventura africana. Y por una de esas ironías del destino sus dos hijos militares, ansiosos de gloria y ascensos, vivirán los comienzos de la larga guerra marroquí en las fuerzas de choque de los regulares indígenas creados por el general Berenguer.

Desde su piso de la madrileña calle de Fuencarral, Nicolás, que accede finalmente al grado de intendente, máximo de su jerarquía, sigue con escepticismo las hazañas de sus hijos por tierras del moro. Su distanciamiento matrimonial será duradero y tan sólo en 1916 se reúne con Pilar en ocasión de la gravísima herida sufrida en Biutz por su hijo Francisco. El matrimonio acude a la cabecera del herido. Será un encuentro que en la obra de teatro se reviste de amargos reproches por un lado y por otro, por incomprensiones y desavenencias lógicas, acumuladas en los largos años de separación entre dos personas que evidentemente no estaban hechas la una para la otra. Desde entonces

la figura de Nicolás es para la familia, la de un marginado. Asiste lejanamente a la fulgurante carrera militar de su hijo Francisco, sin acabar de entender que aquel muchacho tímido y de voz atiplada sea el espejo de valor de que hablan los cronistas de guerra, incluido Indalecio Prieto. Ramón le da una alegría cuando, dejando las tropas moras, ingresa en la aviación. De él puede esperarse cualquier cosa porque es un aventurero nato. Y hasta consigue que se haga salir a su padre de la penumbra: será cuando el vuelo del Plus Ultra. Un reportero inteligente descubre en Madrid al padre del héroe y lo entrevista y retrata. Para Nicolás, el éxito de su hijo Ramón le hará descubrir las afinidades íntimas que le ligan con aquel hombre de altos vuelos que lleva una vida entregada a la aventura aviatoria, a la amorosa y más tarde lo hará con la política.

Y los años irán pasando. Y con ellos le llegará el retiro. Su hogar se alegra con una niña, sobrina de Agustina, que da al viejo los goces de una paternidad tardía y sobrevenida. El distanciamiento con su familia legal llega hasta tal punto que cuando en 1934 muere Pilar, en la esquila de la difunta que recoge «ABC», el nombre de Nicolás Franco y Salgado-Araujo no aparece. Ya todos han borrado al viejo intendente de la nómina familiar. Tan sólo Ramón tiene algún encuentro con su padre. Pero, para entonces, el aviador por sus ideas políticas y por su actuación durante la República, es un casi proscrito para el resto de la familia.

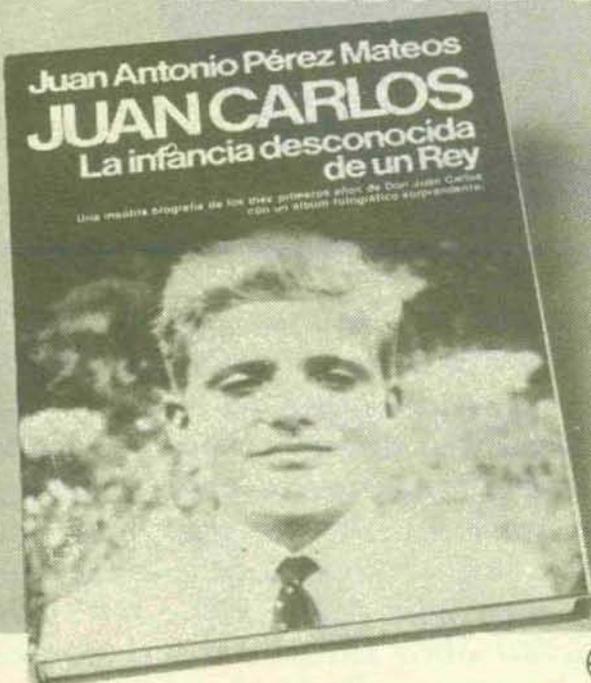
El estallido de la guerra sorprenderá a Nicolás en Galicia, donde ha ido a pasar el verano. Ante sus ojos sorprendidos se verá el ascenso de Paquito hasta la más alta cima del Estado. Según él, algo no funciona en el país cuando persona de cualidades tan escasamente brillantes como su hijo, se ha encaramado hasta ser el líder de una nación en guerra.

Al término de la contienda vuelve a Madrid. Serán sus últimos años, aquellos en los que se le veía hecho una facha, en una ancianidad todavía vigorosa y tan suelta de lengua como su juventud y madurez. Para él guerra y posguerra, con su absurda crueldad y su división entre vencedores y vencidos, era algo intolerable y culminación de unas injusticias contra las que se había rebelado siempre.

Murió en 1942 en su casa de la calle de Fuencarral. Su hijo Francisco hizo ir en los últimos momentos a su hermana Pilar para dar las instrucciones del sepelio. Y después de alejar a Agustina y vestirlo de intendente lo transportaron a El Pardo donde el Caudillo, devoto siempre de las formas externas, hizo que se montara una capilla ardiente. De allí partió el entierro.

Un convencionalismo que don Nicolás hubiera rechazado. Porque si algo le desagradó en su vida, fue eso que se llama cubrir las formas, que no suele ser más que una tapadera a la hipocresía ambiental. ■ R. A.

De Príncipe de Asturias a motor del cambio



Travesuras y juegos de un niño que ahora es el Rey de todos los españoles.



La transición política de España escrita por un hombre que la vivió desde el poder.



EDITORIAL PLANETA